

Pesadilla ambiental

LA CHIMENEA de 167 metros de altura de la metalúrgica Doe Rum Perú, en La Oroya, emite 810 toneladas métricas al día de dióxido de azufre y otros metales como cadmio, zinc y arsénico.

Foto: Eric Sams-01

La Oroya está más contaminada que Chernobyl. Es una ciudad ubicada a 3.700 metros de altura en la Sierra central del Perú. Allí funciona un complejo metalúrgico que mata lentamente a sus 35.000 habitantes.

Andrea Isabel Rodríguez, desde La Oroya, Perú

“Ahora eres una gran ciudad. / Diste entonces posada a extranjeros. / Que explotaron riqueza a raudal... / Ciudad de humos y de chimeneas, / El sustento de nuestra nación”.

¿Quién iba a sospechar que el himno de La Oroya iba a ser profético? Custodiada por montañas áridas, atravesada por un río muerto, el Mantaro, a 175 kilómetros al Este de Lima y del puerto del Callao, La Oroya es la puerta de entrada a la zona minera de los Andes centrales. A 3.700 metros de altura, pasa la sinuosa carretera que une la Sierra con la selva peruana. Sin olvidar un tren que en su tiempo fue el más alto del mundo.

Aunque no es zona minera, fue escogida como sede del principal complejo metalúrgico del Perú por su ubicación estratégica. Para su funcionamiento recibe concentrados de minerales llegados principalmente desde el Callao. El principal monumento de la ciudad es una chimenea de 167 metros de altura que emite diariamente 810 toneladas métricas de dióxido de azufre y otros metales como cadmio, zinc y arsénico, que provocan daños en la salud de la población.

¿Cómo ocurrió? Era 1992 y Perú aún no se recuperaba de la hiperinflación que dejó el primer mandato del actual presidente Alan García y ni de la violencia de Sendero Luminoso. Para atraer la inversión minera -hoy representa un 60 por ciento de las exportaciones- el entonces mandatario Alberto Fujimori ofreció condiciones convenientes. “Se crearon normas flexibles, sin ningún compromiso para las empresas, ni beneficio para el Estado”, afirma la abogada Inés Arias, de la ONG Fondo Solidaridad Perú.

Contratos de estabilidad jurídica y tributaria, impuestos del 30 por ciento sobre las ganancias brutas, derecho de recuperar inversiones... hicieron de Perú un paraíso

minero. “Algunas empresas evadieron la aplicación de las regalías, descontaron sus reinversiones y ciertas mineras no pagaron impuestos”, asegura el director de la revista *Bajo la lupa*, Carlos Francke. “Debido a que el precio de los metales se disparó, en 2007 las mineras ganaron 12 mil millones de dólares versus 3.000 millones para el Estado”.

Desde Canadá hasta China Popular, las compañías se precipitaron para invertir en Perú, pero “a costa del deterioro ambiental”, lamenta José de Echave, de CooperAcción.

Al vecino país le costaría 3,9 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) por año para resolver sus problemas ambientales, según el Banco Mundial. Sin embargo, este costo es virtual, ya que Perú solo invierte menos del uno por ciento de sus ganancias mineras en remediar sus pasivos ambientales.

En La Oroya, buena parte de los 35 mil habitantes sufre de enfermedades respirato-

rias crónicas y de varias alergias en su piel.

Los niños tienen menor capacidad de concentración, disminución de talla y peso y una tendencia a sufrir saturnismo, una enfermedad que trae problemas neurológicos. Esta realidad fue denunciada por el instituto norteamericano Blacksmith que consideró a La Oroya, como la sexta ciudad más contaminada del mundo, superando a Chernobyl, en Rusia que ocupa el noveno puesto.

Viviendo con la contaminación

La más grande compañía instalada es la Doe Rum Perú (DRP). Cerca de ella se levanta el mercado “Tres de Febrero”. Allí los vendedores cocinan avena, arroz y pescado. En un local atiende un cantante de pueblo de escasa dentadura, ojos rasgados y voz ronca. Pero “El Gorrión Solitario” ya no canta, “me arde la vista, la garganta y me duele la cabeza”. No es el único que siente la contaminación.



PLOMO EN LAS VENAS. Según la Organización Mundial de la Salud, los niveles máximos permisibles de plomo en la sangre son de 10 microgramos por decilitro. En La Oroya, los niños tienen cuatro veces más. En los análisis de sangre también se descubrió otros cancerígenos como cadmio y azufre.

Foto: Andrea Isabel Rodríguez

“Hay gente que está tomando conciencia, pero somos pocos”, dice Norma Figueroa, una de las pocas personas que se atreve a hablar. Nació allí hace 40 años. Su piel cobriza está seca y arrugada. Mira su hogar, un cuarto para seis personas en una loma polvorienta y cubierta por viviendas hacinadas: azules, amarillas y verdes. Dos de sus cinco hijos sobrepasan el nivel máximo de plomo en la sangre, establecido por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Según la OMS, los niveles máximos permisibles son de 10 microgramos por decilitros, mientras que los hijos de Norma tienen 30 y 36 microgramos por decilitros. Sin embargo, los pobladores de La Oroya están divididos entre los que reclaman a la empresa y los que están a favor de ésta.

En un taxi colectivo, Alfreda Rosales lleva pasteles que vende en el mercado y defiende a DRP: “La gente ociosa quiere que la DRP le mantenga. Por eso la atacan toda la vida. Tengo hijos y no son retardados mentales”.

“Tanto el plomo como metales que entran al cuerpo por vía oral, respiratoria o cutánea, no dan signos muy evidentes”, reconoce Hugo Villa, médico del Seguro Social de La Oroya. “Ésta se agrava con el tiempo. Por eso la



Foto: Eric Samson

LOS TRABAJADORES DE LA METALÚRGICA están paradójicamente contentos. Ganan un salario cercano a los 600 dólares mensuales. La empresa además les paga la vivienda y los servicios básicos. La mayoría de ellos vive fuera de La Oroya.

OMS la llama epidemia silenciosa”. En 2004, exámenes de sangre en niños menores de seis años revelaron que el 99,9 por ciento tenía altos niveles de plomo. “No se habla de otros

metales como el arsénico, cadmio o dióxido de azufre que son cancerígenos. Los exámenes se concentran en el plomo, mientras los otros metales pueden ser devastadores”.

DRP en una encrucijada

En 2006, fue creada una Mesa de Diálogo Ambiental formada por más de 200 instituciones para solucionar el problema de La Oroya. La dirige monseñor Pedro Barreto, quien lamenta que el Gobierno se haya “unido a las industrias extractivas. Su motivación es el dinero que ingresa al Estado”.

Isaac Cruz, presidente de la Sociedad Nacional de Minería, Petróleos y Energía (SNMPE), discrepa: “Se requiere que todos los agentes económicos aporten para asegurar el crecimiento sostenido del país, porque solo afianzando un modelo de desarrollo socioeconómico eficaz se cerrarán las brechas sociales”, señala en una publicación de la Sociedad de Minería.

Mientras tanto, en La Oroya las montañas parecen cubiertas de nieve. La gente dice que es consecuencia de la contaminación y las lluvias de ácido sulfúrico. El alcalde César Augusto Gutiérrez censura a la administración anterior: “Prácticamente la Alcaldía estaba vendida a la empresa. Los apoyaron en la ampliación del Programa de Adecua-



Foto: Andrea Isabel Rodríguez

LOS NIÑOS son los más afectados por la contaminación. Padecen de una menor capacidad de concentración, disminución de talla y peso y problemas neurológicos. Un gran porcentaje de la población sufre de enfermedades respiratorias y de la piel.

ción Medioambiental". Éste consta de nueve objetivos para mejorar el ambiente. DRP está contra el tiempo para cumplir el último y más importante de los objetivos: la construcción de tres plantas que disminuirán las emisiones de dióxido de azufre en 2009.

Sin embargo, DRP no está sola. Acusada de paternalismo, cuenta con sus propios delegados ambientales para la mitigación de daños. Uno de ellos es Sandra Guadalupe, quien organiza a su barrio para cumplir con varias actividades: 'lavaditas de manos', 'baños de ducha' y 'limpieza de calles'. ¿Cuál es el fin de todas ellas? "Cuidar y proteger la salud de nuestros niños", dice. Tiene la certeza que los pobladores ya no sienten el humo y solo los visitantes pueden notarlo: "Si hay contaminación, pero no llega al punto de usar mascarillas".

Unas gradas que trepan la montaña llevan a la casa del panadero Guillermo Barreto. Sus niños también tienen su sangre contaminada. Guarda silencio por unos segundos y confirma que las delegadas los vigilan. "Supongo que los vecinos ya vieron que estoy conversando con usted", dice. "Van a decir que he declarado en contra de la empresa, pero es una verdad que se vive: los niños están emplomados".

Al bajar el cerro, Guillermo mira cada día el complejo que parece un gigantesco pulpo metálico. En la empresa el panorama cambia. Sobresalen los verdes de las jardineras y la buena señalización para los vehículos. Los escalones de uno de los edificios son dorados, simulando lingotes de oro. La planta continúa, desde 1922, con sus mismas bisagras rechinantes. El cielo se cubre de gris cada vez que la chimenea emite 810 toneladas métricas de contaminantes al día.

Los trabajadores visten sus trajes protectores y sonríen. Pedro Córdor, uno de los 4.000 empleados de la empresa, se encarga de medir las emisiones de gases. Su salario es de 1.800 soles (unos 600 dólares) y otros beneficios. "Nosotros no pagamos la casa. Además, la empresa nos da gratis los servicios básicos". Lleva 26 años en La Oroya. No tiene ninguna enfermedad, aunque reconoce que

"Es una verdad que se vive. Nuestros niños están emplomados", confesó tras unos segundos de silencio el panadero Guillermo Barreto. Los habitantes de La Oroya temen las represalias "por hablar mal".



Foto: Andrea Isabel Rodríguez

LA CIUDAD espera un cambio desde 1922, con la empresa pionera Cerro de Pasco Copper Corporation y después con la estatal Centromin, en 1974. "La vemos como una ciudad más desarrollada y próspera", asegura hoy un representante de DRP.

no vive en la contaminada Oroya antigua, sino "a 15 minutos de la ciudad, en un lugar diferente, con áreas verdes y árboles".

Los dilemas en la capital

Gloria Ramos es presidenta de la Comisión de Personas Indígenas, Afro peruanos, Amazónicos, Ecología y Medio Ambiente del Congreso de Lima. "No estoy en contra de la minería, pero creo que es vital separar la salud de esta actividad económica que no ha compartido las ganancias con los pobladores".

Lejos, en el barrio de San Isidro, uno de los más exclusivos de Lima, está la oficina

de representación de la multinacional DRP, una de las mayores productoras de plomo del mundo. Víctor Andrés Belaunde, jefe de Relaciones Públicas, defiende el papel de la empresa en el futuro de La Oroya. "La vemos como una ciudad más desarrollada y próspera. Un punto de partida de un importante centro productivo". Un cambio que la ciudad espera desde 1922, pero que fue frustrado, primero con la empresa pionera Cerro de Pasco Copper Corporation y después con la estatal Centromin en 1974. DRP llegó a la zona en 1997.

Al partir de La Oroya, a lo lejos se escucha la llegada de un nuevo tren de concentrados de metal. Mientras el monstruo de metal rechina, un ave blanca vuela sobre el Mantaro, en dirección opuesta a la chimenea, a los humos, como si buscara el aire puro. ❖